

ficaba á Europa á fin de alentar más y más á los héroes cristianos á que fuesen á recoger la rica cosecha de gloria, los grandes dominios y los principados que les aguardaban, según decía, en Asia. Llegó hasta Francia en su primera misión, donde corrió todas las ciudades de alguna consideración, siendo recibido por el clero y por los pueblos con una especie de veneración religiosa (1). Regalaba á la Iglesia reliquias insignes que se habían recobrado en el oriente, distintas porciones de un rico botín, vestidos de seda, piezas de púrpura, armaduras celebradas y muebles curiosos y únicos en su clase. Subió á una tribuna en Chartres y en Poitiers, enumeró las batallas en que se había hallado, y con la pintura de sus ventajas ó de sus riesgos escitó la esperanza de llegar, imitándole, á la soberanía, ó el noble deseo de reprimir el orgullo impío y osadía de los infieles. Colgó en Lemosin cadenas de plata en el sepulcro de San Leonardo, en reconocimiento, según decía, de haberse libertado de la esclavitud por su invocación.

Esparció Boemundo por todas partes el heroísmo y entusiasmo que respiraba: muchos tomaron la cruz y emprendieron el viage con el mismo júbilo que si cada uno estuviese seguro de correr á la otra parte del mar á tomar posesión de un trono, ó á hallar abierta la puerta del cielo. Corrían todos al paso de Boemundo: los obispos y los abades disputaban sobre quien había de ser el primero en recibirle, y en detenerle más tiempo consigo; y los señores le rogaban

(1) *Guill. Tyr. lib. 11. cap. 1.*

que fuese el padrino de sus hijos. El Rey Felipe, que vivía aun, le dió en matrimonio á su hija Constanza, que había tenido en su esposa la Reina Berta, y le concedió á Cecilia, hija de su matrimonio adúlterino con Bertrada, para su sobrino Tancredo, regente en su ausencia del principado de Antioquía. No recogió Boemundo los frutos que podía esperar de su viage á Europa, porque espiró antes de volver al Asia, dejando un hijo demasiado jóven para gobernar un estado cuya defensa exigía un héroe, razón porque el valiente Tancredo fue declarado Príncipe de Antioquía; pero no sobrevivió á su tío más que un año.

26. La conducta del Rey Balduino en Jerusalem fue tal, cual podía esperarse de un Príncipe gobernado por un obispo disoluto; porque si la vida de Arnulfo había sido escandalosa en la clase inferior de arcediano, cuando se vió patriarca no guardó límites algunos. No se avergonzó pues de despojar á su iglesia de los bienes adquiridos al precio de la sangre de los cristianos, para adjudicarlos á personas de su familia. Para casar á una de sus sobrinas con Eustaquio, señor de Sidon y Cesaréa, la dió en dote Jericó y sus dependencias, que eran la posesión mejor de la patriarcal. Balduino gobernado por este prelado sin freno, y aunque casado legítimamente, solicitó como si estuviera libre la alianza de Adelaida, condesa de Sicilia, viuda del conde Rogero, hermano del célebre Roberto Guiscard, y tía de Boemundo; familia ilustre, cuya venganza despertaba con la avaricia y la superchería más insultante. Pero estaba tan exhaus-

to su erario que tocaba ya en la miseria; y la condesa regenta de Sicilia, que reunia al deseo de grandes títulos el de los grandes tesoros, habia acumulado sumas inmensas. Era su flaco principal la ambicion de elevarse, y no fue difícil ganarla para un matrimonio que la hacia Reina. Al punto que se lo propusieron consintió sin mas exámen, y se puso precipitadamente en camino para Palestina, donde con su corazon llevó tambien su dinero, y se casó con Balduino, ignorando el primer matrimonio. Tres años despues, por un temor algo tardo de los juicios de Dios, este esposo sacrílego y ladrón la tornó á enviar á Sicilia sin restituirla los tesoros que le habia traído. Murió por fin Balduino al año siguiente de 1118, siendo su sucesor en el reino Balduino del Burgo, pariente suyo, á quien cediera el condado de Edesa cuando se encumbró á la dignidad real. Murió tambien el patriarca Arnulfo en el propio año, y le sucedió Gormundo, natural de Pequigni en la diócesi de Amiens. Tenian estos nuevos gefes del estado y del sacerdocio en oriente cualidades las mas á propósito para poner en olvido el desenfreno é ignominia de sus predecesores.

27. Las emigraciones incesantes llevaban muchos vicios al oriente, y muchísimos escesos capaces de escandalizar á los infieles: pero tambien ofrecian algunas veces virtudes tan inaccesibles por todos respetos á la corrupcion á que arrastra el tumulto de las armas, como dignas del motivo que las habia puesto en accion. Así se mostró Eustaquio, conde

de Bolonia, invitado á tomar la corona de Jerusalem, que ya se habian ceñido sus dos hermanos Godofredo y Balduino I (1). Habíase puesto, aunque á su pesar, en camino para este efecto; pero habiendo sabido en él que estaba coronado Balduino del Burgo, Dios me libre, dijo al punto, de llevar la discordia á un reino que mi familia ha establecido sobre la paz de Jesucristo, y por el que mis hermanos de eterna memoria han derramado su sangre; y sin detenerse, por mas que se le dijo, regresó á su estado.

28. Entretanto la Europa cristiana, y en especial la Francia, llamada tan justamente el reino de los cristianos, seguia en aumentar sus esfuerzos en favor del oriente; por lo que hombres llenos del espíritu de Dios, y comparables á los antiguos patriarcas se esforzaron por todas partes y á un mismo tiempo en repoblarla de santos de uno y otro sexo. A egemplo de Roberto de Arbrisel, sus discípulos Bernardo de Abbeville, Vital de Mortain y Raoul de la Futaye, hicieron conversiones innumerables con el santo fervor de su elocuencia, y mucho mas aun con el egemplo maravilloso de su abnegacion y de su vida totalmente angelical. Despues de haber adquirido en la soledad las verdades eternas y la uncion del espíritu divino, salian de ellas como otros tantos Elías ó Juanes Bautistas, y se dispersaban por los lugares habitados de todas las provincias, caminando con los pies descalzos, comiendo pan de ave-

(1) *Guill. Tyr. lib. 12. cap. 3.*

na ó legumbres groseras, bebiendo muy rara vez vino, y no tomando mas que el descanso necesario á la naturaleza sobre un poco de paja. Tras sí arrastraban numerosa multitud de personas de ambos sexos, de todas edades y condiciones, clérigos, legos, mugeres casadas, viudas y doncellas. Muchos desde el punto en que los escuchaban, rehusaban tornar á separarse de ellos; y practicaban á porfía la austera penitencia de que les presentaban el modelo en sus propias personas.

29. A fin de prevenir los desórdenes que podian introducirse entre personas de sexo distinto, y confundir las sospechas que bien pronto afectó la malignidad, buscó Roberto un retiro proporcionado para fijar á sus oyentes que mas asistian, con separacion absoluta de los dos sexos (1). Descubrió en los confines de Anjou y del Poitou una tierra toda cubierta de espinas y abrojos, que bien pronto obtuvo de los propietarios: en ella levantó por el pronto cabañas, un oratorio, y un buen cercado de que rodeó la habitacion de las mugeres destinadas principalmente á la oracion. Vivian juntos con perfecta concordia y con egemplar modestia; los hombres ocupados en trabajar para la comunidad, y los clérigos empleados en el oficio divino; y no se llamaban de otro modo que los pobres de Jesucristo, porque efectivamente no vivieron al principio sino de lo que les remitian voluntariamente los caritativos vecinos, no obsiante que muy en breve les dieron tier-

(1) *Vit. cap. 3. ap. Bolland. 25. Febr.*

ras con que proporcionarse la abundancia. Pedro, obispo de Poitiers, protegió el establecimiento, y el Pontífice Pascual le confirmó, reservando al obispo la debida reverencia, esto es, segun el estilo del tiempo, dejándole sometido á la jurisdiccion episcopal (1).

Aumentábase indeciblemente el número de personas que abrazaban este instituto, y Roberto, deseando establecerlos del modo debido, consiguió levantar en Fontevrault dos grandes monasterios, uno para los hombres, y el principal para las mugeres, á quienes concedió toda la autoridad; y poco despues fue necesario hacer otros en muchas provincias por el modelo de éste, y bajo su dependencia. Presentábanse los prosélitos á millares, y el caritativo fundador á ninguno desechaba; pecadores y pecadoras públicas, hasta leprosos, nobleza y populacho, todo le era igual con tal que se le moviesen por afecto sincero de penitencia, y se sometiesen á los sabios reglamentos que dió para evitar la comunicacion contagiosa tanto de los cuerpos como de las almas.

Cuentan á la célebre Bertrada entre las personas ilustres que tomaron el velo, que convirtió su palacio de la alta Bruyera en la diócesis de Chartres en casa de penitencia, donde no omitió nada de cuanto fue necesario para reparar el escándalo de su matrimonio adulterino. La primera abadesa de Fontevrault fue Petronila de Craon-Chemillé, á la que eligieron menos por su ilustre nacimiento que por

(1) *Gall. Christ. tom. 4. pag. 409.*

su inteligencia y esperiencia en los negocios, porque juzgaron que una muger acostumbrada en el mundo á observar á los hombres, y utilizar las coyunturas, seria mas al propósito para un gobierno tan dilatado y tan complicado, que una doncella encerrada desde su primera juventud, y egercitada tan solo en cantar salmos, ó en meditar las verdades del Evangelio. En la dependencia en que el bienaventurado Roberto puso á los religiosos con respecto á las religiosas, señaló á éstas por modelo á la Madre de Dios, y á aquellos á San Juan Evangelista que recibió orden de Jesus, muriendo en la cruz, de mirar á María como su madre. Quiso en consecuencia que todas las iglesias de su orden se consagrasen á la Santa Virgen María con un oratorio en honor de San Juan.

Roberto no tomó nunca el dictado de abad, ni de don ó de señor; pero no dejó de gobernar por sí mismo su orden, hasta que debilitadas sus fuerzas con los trabajos y las austeridades, cayó en una enfermedad que le hizo presentir su último fin. Tampoco substituyeron á Petronila por abadesa ó superiora general de Fontevrault hasta este caso. Sin embargo del estado de decadencia de su salud, pasó Roberto aun de Fontevrault á Chartres, á restablecer la paz entre el conde y los canónigos, que le llamaban en auxilio de aquella iglesia desolada. Y despues de haberlos reconciliado contra toda su esperanza, su infatigable caridad le llevó hasta Berri á su monasterio de Oursan, donde murió en 25 de Febrero de 1116.

Se han empeñado algunos en denigrar ó ridiculizar el celo de este hombre apostólico para con el sexo femenino; pero los avisos que le dieron algunas personas de consideracion, como Marbodo, obispo de Rennes, y Gofredo, abad de Vandoma, no exigen respuesta, porque no estriban sino en aquellos discursos vagos y voces inciertas que la malignidad ha esparcido en todos tiempos, aun contra los directores mas irreprehensibles, y así no aminoraron en nada el aprecio que hacian de aquel hombre extraordinario. No necesitan los detractores de toda santidad pretextos mas plausibles para que se esciten sus necias y sacrílegas ironías; y por lo mismo no intentaremos tampoco contestar á esta clase de gentes, siendo nuestro objeto la conviccion de las almas religiosas, y no la estéril confusion de los blasfemos.

30. Las turbulencias que Roberto de Arbrisel extinguió en la iglesia de Chartres, eran efecto de la oposicion del conde á la instalacion de Gofredo, digno de suceder canónicamente á Ivon. Habia muerto este santo y sabio Prelado, que habia sido mucho tiempo la gloria de la iglesia de Francia, segun el martirologio de su catedral en 13 de Diciembre de 1116. Dejaron una impresion tan durable la veneracion y las pruebas de sus virtudes, que el Papa San Pio V en el siglo catorce consintió á los canónigos de Letran el que le diesen culto público. Dan testimonios inmortales de su incomparable superioridad, por lo menos sobre los canonistas de su siglo, los monumentos que nos quedan de su doctrina. Firme

y moderado á un mismo tiempo en su celo, defendió con valor los derechos del sacerdocio sin ofender nunca los de la corona. Hablando á favor de las verdaderas libertades de la Iglesia en el punto de las investiduras tan mal entendido por otros, su ingenio exacto y penetrante hizo la debida distincion entre el abuso y la cosa, y entre una dispensa concedida con prudencia y sabiduría, y una condescendencia ruin. Tenemos en el gran número de cartas suyas, además de su decreto, preciosos monumentos de la disciplina eclesiástica, y de la historia de su tiempo.

31. San Bernardo de Abbeville, mas frecuentemente llamado San Bernardo de Tiron, tomó este nombre de la célebre abadía que fundó en la Percha. Aplicóse este insigne varon á las ciencias con mucho fruto; y despues estimulado del deseo de una vida mas perfecta, abandonó su familia que vivia en el Ponthieu, y se retiró al monasterio de San Cipriano en Poitou, donde no tardó en adquirir por sus virtudes una estimacion, que á pesar de su repugnancia, hizo recaer en él el gobierno de la casa con el título de abad. Pero Ponce, abab de Cluny, que se abrogaba fastuosamente el título de archi-abad, queriendo sujetar la abadía de San Cipriano, dió bien pronto ocasion á Bernardo para satisfacer su modestia, abdicando la dignidad bajo el pretesto de no dejar menoscabar los derechos de una institucion libre hasta su tiempo. Asocióse desde este punto á los trabajos apostólicos de Roberto de Arbrisel, y fue á pre-

dicar á Normandía, combatiendo con toda la intrepidez necesaria el amancebamiento de los clérigos que se casaban descaradamente. Corrieron entretanto sus religiosos á buscarle con cartas del obispo de Poitiers, y le rogaron que pasase á defender sus inmunidades á Roma, cuyo penoso viage le fue preciso emprender hasta dos veces, por condescender con las repetidas instancias de sus monges, ó mas bien del abad de Cluny, en un asno, y con un mal vestido de ermitaño; y por dos veces triunfó el humilde medianero del fausto y opulencia del abad de los abades. En recompensa pidió al Papa permiso para dejar su cargo, lo que obtuvo con mucho trabajo, y con el objeto de continuar sus tareas apostólicas.

Por fin, algunos discípulos fervorosos que de nuevo se unieron á él, le obligaron á edificar su monasterio de Tiron en la tierra que les dió Rotrou, conde de Percha (1). Inmediatamente se pasaron á él gran número de aquellos hombres muertos enteramente al mundo, que no conservaron nada de los usos del tiempo y de los lugares, ni aun del vestido ó del color adoptado por los otros monges. Estaban vestidos de un paño tosco, de pelo largo, y un color gris ahumado, y de una forma irregular enteramente desconocida en el pais. Algunos se figuraron, y bien pronto se estendió la voz, de que eran sarracenos venidos por subterráneos ignorados; y en consecuencia de esta idea llegaron á observarlos diferentes veces y en varias horas del dia y de la noche; pe-

(1) *Vit. S. Bernad. Tir. cap. 7.*

ro habiendo advertido que no hacian ni torres, ni murallas, sino celdillas de solitarios, y que no se ocupaban mas que en la oracion y en cantar salmos, la desconfianza y los temores se convirtieron en veneracion. Mas ni aun aquí los dejaron tranquilos los monges de Cluny, porque pretendieron que el priorato de Nogent tenia derechos sobre aquel terreno, lo cual obligó á Bernardo, mas bien que á entrar en una disputa, á abandonarle con los edificios construidos, y á volver á edificar cerca de allí, en una tierra que le dieron los canónigos de Chartres.

Tal fue el origen de la congregacion de Tiron, que en poco tiempo contó hasta cien celdas de monges bajo su dependencia. A los tres años de su fundacion, se vió Bernardo con quinientos discipulos, de los cuales conservó trescientos junto á sí, y repartió los demás por diferentes casas á doce en cada una. Su reputacion se esparció por toda la estension de las Galias, y aun llegó á las provincias ultramarinas, de suerte que el Rey de Inglaterra y el de Escocia, igualmente que el de Francia, el duque de Aquitania, el conde de Anjou, los de Gloucester y Vervic, y una infinidad de ilustres personajes le hicieron como á porfía regalos, y le rindieron grandes honores. Algunos fueron en persona á visitarle y admirar sus raras virtudes: sin embargo, nunca abandonó su modestia, ni mitigó sus austeridades admirables, ni aun en su última hora. Murió en Tiron por los años de 1117.

Vital de Mortain, otro compañero de Roberto en

la vida regular y en las funciones apostólicas, habia sido desde luego capellan de Roberto, conde de Mortain, y canónigo de San Evroul de la misma; y despues de haber trabajado con fruto en la salud de los fieles, se dedicó á la perfeccion de las almas inspiradas de una gracia particular. Apenas se habia establecido con Bernardo de Tiron en la isla de Chausey en la costa de Normandía, cuando llegaron unos piratas que robaron una capilla, y profanaron los vasos sagrados con tal impiedad, que le llenó de un indecible horror, por lo que huyó de allí como de un lugar de maldicion, y se retiró á la selva de Savigni en el continente, donde poco despues por las liberalidades del conde de Fougères edificó un monasterio considerable, en que con las observancias conocidas en Europa estableció los usos de una austeridad en todo particular; y en poco tiempo obligó su reputacion á un gran número de prioratos y abadías á abrazar esta reforma.

Raoul de la Futaye, compañero tambien de Roberto de Arbrisel, se consagró principalmente á la direccion de las mugeres, y logró que el conde Alain-Fergeant fundase en la ciudad de Rennes el rico monasterio de San Sulpicio, del que fue la primera abadesa la Princesa María. Fulco, conde de Angers y de Mans, estableció bien pronto junto al rio Mayne el priorato de la fuente de San Martin, y á su egemplo otros muchos señores fundaron tambien diferentes casas que todavía dependen de San Sulpicio.

32. Por mas que se estendiese la fama de tantas